

Yanisbel Rodríguez Albelo

Poemas

ESCRIBIR UN DIARIO

El deseo irreprimible de volcar sobre papel nuestro desacomodo,
de maldecir iracundo o quedarse lírico ante las auroras y los crepúsculos
de las pequeñas cosas, con su mínima sombra resplandeciente.
Escribir un diario con odio enamorado, sangrante, retorcido,
mascullando ya sin voz en el exilio a que nos destinamos cada noche,
indisolublemente alejados de nosotros mismos, insomnes y dormidos.

Un diario escrito con Ana Frank encerrada en el anexo,
atisbando a través de la única ventana de la buhardilla la clarinada estival,
y no poder extender un poco más los dedos para abrazarla,
no poder asirse al reflejo opaco vislumbrado en los cristales;
como recurso último escribir algunos versos sobre la suciedad latiente.
Un diario que comienza y se termina, e incluso se rescribe, con Ana Frank,
la jovencuela de 15 años recién cumplidos muerta en Bergen-Belsen,
viendo desfilar en sueños ante sí como una enfermedad los cuerpos carbonizados
y las palabras arrebatadas, cubiertas por un cementerio de periódicos viejos,
por las cazuelas de escoger papas podridas que tanto odiaba.

Un diario escrito con el Che mientras se hunde en el lodo,
se le curten las mejillas, se le ahoga la voz temblorosa
que esgrime a través de los humedales de la selva negra,
y no poder alcanzar más allá de la nube azulenca del tabaco,

de la expresión ripiosa de los hombres agazapados entre el follaje,
que mañana vamos a bordear la ribera y nos van a cocer a tiros
(si pudiéramos retener la alegría en la voracidad de la espera).
Porque un día puede ser sin novedad,
fastidiados solamente por el calor y el revoloteo de los insectos,
por las tardes pesadas y compactas que caen sin estrépito,
y el siguiente un río de sangre apantanándose a la vera del camino,
el diario maltratado que el viento seco deshoja y cubre de abandono.
Baleado, mutilado, deshuesado, mezcladas las cenizas
con el polvo, con la arena, con el fango, con la roca, con el agua.
Desaparecido del paisaje y aún retumba, aún palpable, alerta y a la escucha,
porque siempre hay una quebrada abierta, una rama doblada,
un pájaro silencioso, una piedra que se desprende y echa a rodar,
un río manso que aguarda la tempestad para saltar agresivo.
Los días monótonos y triviales,
los lugares comunes y aparentemente indefensos,
son los que guardan con más saña el peligro.
Así terminaremos, porque no hay tierra santa,
no hay hombre tan de veras en el olvido que no se encuentre.
Un diario escrito por Javier Héraud, tragado por el Madre de Dios, por la soledad
[del agua turbulenta,
por Víctor Jara, por Miguel Hernández, por Juan Gelman,
por Haydée y Abel, por Luis y Sergio, por Roque Dalton,
por su amor contestatario y adolescente, todo trunco, ¿todo en vano?;
sepultados junto a los árboles y bajo las montañas de carbón,
arrojados en los pozos ciegos y en el azul grisáceo de alta mar;
acribillados, sumergidos, despedazados, quemados, masacrados, lapidados,
y aun así inmolados y quietos en la agreste espesura.

Un diario escrito con Edgar Allan Poe, *sin cuervo y sin nada*,
y a quemarropa, con el renegado Franz Kafka,
paladeando el amargor de vivir encerrados a campo abierto,

catapultados en la habitación, queriendo arañar las paredes,
desprender el cielo raso, derrumbar la estantería, arrancar los retratos,
volteando hacia todos lados, y gritar más alto y correr más fuerte,
y darnos un mazazo con el hastío de las avenidas y los parques
y sentarnos en el muro descascarado sin más remedio ni consuelo
que ponernos a garabatear bajo el resplandor de los anuncios lumínicos,
que de noche muestran el esqueleto de la ciudad, ese remanso infernal.

Un diario escrito con Martín Santomé, con Fernando Pessoa, con Ezra Pound,
pidiéndole a Dios que nos alargue la tregua en la vejez,
que nos acorte la vejez sin tregua que nos acontece a los empleados de oficina,
asqueados de la avalancha de cifras que bailan a nuestro alrededor,
de la rutina y la insipidez, del miedo a fracasar de los fracasados,
del murmullo y el teclear incesante de las secretarias,
del sonido ríspido de las órdenes que van llegando
y que no son de café, Mario, definitivamente no son de café.
Pidiendo a Dios que nos encuentre dormidos *la pálida* para no encontrarnos
[extraviados.

Un diario deshecho en fragmentos de vida y muerte
como las reflexiones dispersas de Augusto Monterroso,
de viaje en viaje, de tren en tren, viendo cómo nos es cercenado el rostro
con el filo de la ventanilla, que igualmente corta en sucesivas instantáneas el paisaje,
desgajándose los ojos al paso de los tranquilos e inalcanzables pueblos de campo.¹

Escribir un diario para tenerte a mi lado de algún modo
y soplar en el *trombón de vara* y enamorarte prendiendo flores en tu verja
e ir recogiendo los cristales despedazados de la lluvia,

¹ Idea basada en el siguiente fragmento de un poema de Damaris Calderón:
La ventanilla de un tren corta
-no asesina-
corta impasible como un carnicero
las reses el paisaje
lo que se va quedando atrás.

las muertes sucesivas que van cayendo, las pocas verdades que nos van quedando.

Un diario escrito conmigo misma, llorando a medias, mintiéndome un poco,
arrebujada sobre el colchón, derramando las tazas y el tintero,
para machacarme las ansias de no ser arrastrada por el tedio.

Un diario para callarme a solas, un breve trago alzado en silencio con Alejandra

[Pizarnik,

con Sylvia Plath, con Katherine Mansfield, con Virginia Woolf, con Anaïs Nin.

Un diario escrito contra mí misma, en libertad, sinmigo:

sin manos, sin ojos, sin lengua...

Dejar de escribir y ponerme a salvo y morir dulcemente de todas estas cosas.

Yanisbel Rodríguez Albelo

Poemas

CONVERSACIÓN

Inspirado en un acrílico sobre tela de Alicia de la Campa
y en mis conversaciones con Leysa García del Valle.

Al conversar nos sucede como una fragmentación,
nos volatizamos cuando detonan las palabras.
Es la desnudez de ir escindiendo cada vez más profundo.
Tú conversas frente al mar o el abismo,
te transfiguras, extraes tus fantasmagorías,
te pones de sombrero una caracola,
juegas con imágenes que no existen,
te vas hacia otros espacios innombrables.
Yo te doy una rosa, un columpio, una escafandra, un aeroplano,
y quizás hasta un golpe en la cara,
porque debemos aceptar que una conversación
es entrega y también beligerancia.
Y si converso contigo y no te arrojé los zapatos,
no rompo la cristalería, no vomito,
no abro la pila del llanto, no grito histérica,
no te conmuevo, no te insulto, no te confundo,
no le meto mano a tu pecho y a tu cabeza,

si no hago una carnicería entonces no converso,
no te tiendo el cable,
sólo me maquillo y actúo.
Hay que irse al aire o a la mierda
porque lo demás es congelación, retroceso,
es poner el cuerpo para que lo pateen,
y nunca a mansalva.
Yo te ofrezco algo que ya no está, algo que sólo a mí pertenece,
y que no encontrarás en otra parte,
porque yo soy tu doble, tu contrafigura.
Comparto contigo esas nieblas que sólo yo veo,
esos terremotos sordos que me abaten,
esas bocanadas de miel que me asfixian,
esa marea que sube de nivel, que se pone al límite,
para después retroceder,
esa cuerda que amenaza desde el árbol
diciendo que de nada vale quedarse de una pieza,
que hay que despegar del limbo de la melancolía.
Hay que abrir la puerta no para mirar por la hendidura,
abrirla de un tirón y que nos maten a tiros,
que nos lleve el oleaje,
que el viento lo barra todo,
un desastre que nos permita respirar hondamente.
Conversar y no jugar a que conversamos,
a que somos sociables y entretenidos,
a que nos cuadra el estado de cosas,
porque conversar también "es una cuestión de actitud",
es lanzar un dardo al vacío.
Mírame ahora, sangrante, descolocada, hierática,
con todos mis monstruos esparcidos,
sin alardes ni visiones, sin palabras definitivas,
ahí sentada junto a ti en la acera,

con los pies colgando de cualquier modo,
haciendo estallar las hojas secas que se acumulan al atardecer,
sufriendo el invierno de una manera diferente
a la de los demás, casi íntima, distanciada,
como si se nos estuviera apropiando,
detenidas como en una foto que ya se ve muy borrosa
-tanta noche, tanto desasosiego-.

Y es que ya no hay nada más que decir,
a través del silencio los fragmentos siguen cayendo.
Hoy estoy a las puertas de tu casa, dulce muchacha,
no para pedirte en premio por mis victorias,
no para inclinarme ante tus gozosos ojos,
no para tañer mi mandolina bajo tu ventana,
no para relatarte las antiguas leyendas que cada noche
proferían los extenuados guerreros junto a la hoguera.
Hoy sólo regreso para devolverte la libertad.

Yanisbel Rodríguez Albelo

Poemas

MUCHACHA CON CORBATA NEGRA

Amadeo Modigliani

*me recuerdas mujeres en la calle. una
de hombros magros llevando cosas pesadas./
otra que pasaba diciendo adiós. bella
como una isla o una frase inconclusa./
esa que reía a carcajadas en el follaje
oscuro y cuyo nombre era impronunciable./
y aquella viajera de colores del mundo
con sus valijas enormes y sus vestidos líricos.*

Lionel Ray

Te contemplo emocionada y aparece Julio Girona en medio de la guerra,
con sus lienzos bajo el brazo,
con sus cartulinas estampadas de soldados alemanes y chicas desnudas,
hasta donde alcanzó la tinta y no llegó el estampido precedido por los aviones
llevándose los rostros ensimismados y los pañuelos de las melancólicas mujeres,

los borrachos dormitando en los cafés,
las prostitutas en bragas tomando champagne y fumando cigarrillos americanos,
los bulliciosos poetas con sus desgastadas levitas,
discutiendo acaloradamente en el desatino de la juerga.

¿Cuántas veces te habrás detenido a vislumbrar la casi cerrada
verja abierta de las tardes?

Tu tez desangrada por las últimas luces del crepúsculo.

La fina llovizna limpiando sus vivos colores.

La incipiente nevada cayendo a tus pies.

Imagino el gesto reposado de tus manos asidas entre sí,
las manos que se doblan como verduras marchitas,
que se aferran porfiadas a la baranda del puente
y palpan en silencio la bruma que circunda las noches.

¿Qué mirarán los ojos de esta muchacha solitaria?

Hay pobreza y quebranto en sus cabellos,

en su enjuto y rostro, coloreado a la fuerza,

en sus ojeras, que hablan de vacío, insomnio, pérdida.

Hay dejadez en la corbata negra, lágrima profunda.

La camisa resume una acumulación de arrugas y manchas,

un tiempo lejano, como ese fondo verde oscuro que apenas se puede tocar.

Un sudor de leche agria

atraviesa la piel hendida como una corteza de pan viejo.

¡Cuánta ajadura tras el temblor de las mejillas!

¿Pensará acaso que el amor se fue de las lóbregas callejas,

ávido de rentas y primaveras inalcanzables para sus manos,

así, doblada bajo el canasto, adolorida de estrecheces y labores,

asediada por las ratas de las cloacas?

Ya no rememora sus antiguos paseos por los campos sembrados

donde las garzas crecían con la lluvia,

ni las mínimas flores blancas atesoradas
en aquel libro de Baudelaire que leía deleitosa bajo un almendro.
¿Cómo advertir la sequedad que el tiempo arrastra?

Has querido ser como aquella exquisita señora que pasa bajo la sombrilla,
luciendo alborozada un broche de rubí;
meter la mano en el abrigo y acariciar el armiño y el sándalo.
Parecería tu pecho un zorzal herido;
un resplandor hueco tiñendo tu blusa de escarlata.
Ah, este modo brutal de hacernos tristes,
de querer asemejarnos al ave del amanecer.

Patti cantaría para ti hasta apagar su voz desgarrada,
sometida al viento que se enseñoorea sobre las aguas murmurantes,
con esa vocación tan suya de clocharde, de hippie, de *cuervo gótico*,
la *Canción de amor de la joven loca*.
Para ti, la que se sienta al piano carcomido
y hechiza al jardín a punto de fenecer de tanta lluvia.
Mírate, ya tienes *la niebla metida en los huesos*.
Rompe de un tirón la vajilla.
No te quedes ahí, aporreando la misma tecla sin sentido,
en tu invariable postura,
mirando las cosas cambiar de sitio.

Yanisbel Rodríguez Albelo

Poemas

BLACK BLUES

*Voy a ir a poner la cabeza en los rieles del tren.
Voy a ir a poner la cabeza en los rieles del tren.
Cuando el tren venga, la voy a quitar otra vez.*

(Letra de un blues)

Siempre en el mismo lugar, con su banco y su libro entre las manos,
había sido olvidada año tras año.
Tomaba los pedazos del día y los juntaba para que cobraran sentido,
pero en eso saltaba una música tan triste ventanas afuera
que tenía que marcharse, abandonando el parque y el libro
quizás para algún fantasma sediento,
mientras la gente la cruzaba deprisa
y los niños y las colegialas tomaban el sol despreocupados;
como en un marco la belleza disoluta y esplendente.
Ella tenía que ajustar el reloj y trajinar por toda la casa,
estudiar lecciones que aborrecía, romper sus compromisos consigo misma,
escuchar resignada la lluvia de palabras que los vecinos vertían sobre su patio,
estarse horas enteras en el mercado regateando sin ningún interés.
Por las noches, bajo la frazada, dejaba de ser una pueblerina tímida y mojigata,

con miedo a entrar en la taberna.

Se travestía con smoking y sombrero de copa como Marlene Dietrich,
y se iba, dejando tras de sí una estela *romantiqué*, por la Orilla Izquierda del Sena.

En las mañanas descendía a su parco desayuno, a su agobiante orfandad;

“no hubo nada en la noche, ni cafés ni músicos en la azotea,
ni borrachos maldiciendo sobre el magnífico trasfondo de los gatos,
nada de armónicas ni faldas sobre la acera”.

En el parque ella piensa que se debería dormir sobre el banco,

aunque florecieran las burlas y un policía la multara,

dormir de verdad, nada de naufragios ni acritud ni la estrechez del cuarto,
que no le quedaran chicos los zapatos, el trabajo, las horas, la vida misma.

Una muchacha sola, a quién debe avisar, una muchacha sin otro encanto

que esa melancolía enfermiza que atrae a los demás a acunarla,

para decir que pronto se le encimarán el paisaje, los aplausos, la belleza y la juventud.

Y ella camina mucho rato en círculos mesándose los cabellos,

y no se le encima otra cosa que una tormenta, de tan desfachatada risible.

Vuelve a caminar, vueltas y más vueltas, uno, dos, tres; es pasada la medianoche
y no hay sino vejez y las cuatro paredes rezumando tristeza.

Entonces, sale corriendo y pone la cabeza en los rieles del tren.

Yanisbel Rodríguez Albelo

Poemas

OTRA TARDE...

El cuarto es una cárcel; penumbra fría, vasto silencio guitarreando
con sus dedos vacíos en las cuerdas de hojarasca seca.
¿Por qué este viento no me trae cabellos sino una lluvia lejana
que arrulla las paredes con falsa música, salpicadura feroz?
La naturaleza y mi alma han caído en un sueño profundo;
les han trampeado y ahora duermen en el filo de un hacha.
Si su suave mejilla estuviera me nacerían árboles, agonizaría de sonrisas,
en lugar de gorriones vendería mirlos, mejoraría mi salud...
El cuarto tiene rotos el encanto y las persianas, sucios el piso y los cubiertos;
su cara es una arruga de maquillaje triste que mendiga
color y luz a las mañanas, tesón y cariño para su hambre de manos.
Aquí no hay nada salvable a los ojos del tiempo y de Dios.
Incluso yo he perecido luego que la soledad se ha sentado al piano.
Como un recluso el primer día de la condena, me devano los sesos,
desprecio el pan y la cordura, memorizo las flores, los amigos, los poemas, la
casa...,
añooro los labios que sólo un niño o un guerrero podrían tocar.
Sólo quedan mis ropas mojadas y un agua sucia ahogando mi corazón,
los charcos en la calle burlándose de mi paraguas.
Nada detendrá la primavera.

Yanisbel Rodríguez Albelo

Poemas

GENTE SUR

Al Sur del Jíbaro

*...somos músicos para una oreja imposible
o para pájaros que vuelan entre tormentas
porque en las ramas los fatiga el día.*

Samuel Feijóo

Somos un fragmento de pueblo nómada, de costumbres rudas y antiguas, enclavado entre la costa desierta y la atropellante civilización. El tiempo que habitamos se sucede como una ancha lejanía, como un silencio de hojas verdes y nubes huidizas que se estrella contra un lenguaje salvaje y sucio. Yacemos como troncos secos a los que el sol golpea cada mañana y el temporal hiere con profundos tajos. Entre nosotros existe un hacha secreta que nos destruye y nos arroja al fuego, que se ha convertido en rey de las colinas y las casas. Somos hombres desaliñados y pobres. Tenemos sal en la lengua y un tizón encendido en la sangre. Generaciones que corren sin saber adónde tropiezan unas con otras, tradiciones y familias rotas; algo se marchita y se extingue como por encanto. La tierra nos muerde los pies y las plantas. Walt se tapa los ojos. Éramos un brazo fornido y joven levantando caminos por doquier. Ahora somos un punto perdido para la geografía, un ojo cerrado, una raza muerta.

Yanisbel Rodríguez Albelo

Poemas

STEVIE NICKS YA NO CANTA

A Ileana

A veces lo ajeno quema.

Ena Lucía Portela

Qué tristeza verte del otro lado,
como esos árboles de los vecinos que siempre transgreden
la huerta con algunas ramas y nos tientan a robar
los frutos, con la justificación de que están en nuestro territorio.
Qué tristeza descubrirte enferma, casi apagada,
casi sin apetitos, tú que nunca te perderías un ápice de la juventud,
amodorrada como esos perros que descansan hechos un ovillo en las aceras.
Qué tristeza que estemos tan cerca y tan lejos,
que seamos dos niñas con una idea diferente de la diversión.
Qué tristeza hallarte tan enardecida en mi propio canto
y que no seamos más que un trocadero de guitarras,
un pacto inútil, una amistad que se quedó a la deriva
(me hiciste *ver la vida como la estela de un barco*).
Qué tristeza recordar algunas cosas que son como caminos abiertos,
traer de vuelta la pasión y el entusiasmo,
los atardeceres a lo Claude Monet en el parque silente y misterioso,

las telarañas que pintabas distraída, tu risa dislocada por la cerveza,
la adoración hacia algunos ángeles que agitaban sus vestiduras,
los guiños, las medias palabras,
la satisfacción adolescente de disfrutarlo todo
y perder sólo la ingratitud de algunos momentos.
Qué tristeza decirte adiós con la mano suavizada de ternura,
deshecha de artificios,
para evitar el daño irremisible de los que amamos,
para no quebrar el encanto, las figuraciones que uno se inventa,
dejarte huérfana de una posible felicidad,
de la almohada y las margaritas,
del poema intenso y breve que somos todos.
Qué tristeza verte aquella noche sin tu vitalidad contagiosa,
gracias a la cual sería posible escribir juntas,
dinamitada por tu mirada frágil.
Qué tristeza que no sepa decirte algo más esencial
que los mismos estribillos que repito día a día.
Qué tristeza, amiga, pero Stevie Nicks dejó de cantar un minuto
en algún sitio apartado de aquí, un instante atónito,
y siguió su rumbo inexpresiva.
Enmudeció para siempre, como atravesada
por una duna de sal o una ráfaga de luz.

Yanisbel Rodríguez Albelo

Poemas

ALUCINACIONES

Estoy tendida con los poemas de la suicida Anne Sexton,
sorbando docenas de tazas de café,
acorralada entre las paredes de su aroma,
pero eso no ayuda a escribir definitivamente,
ni tampoco la lluvia torrencial de hace unos minutos
que hizo temblar las tejas y tiñó el suelo de rojo debajo del cerezo,
ni el libro que acabo de leerme de un tirón.
Me siento dormida en este pueblo aletargado;
necesitaría horas y más horas de vieja música para despertar
y salir de mi encierro, lanzarme a sacudir las mentes ajenas.
Hay un trepidar de gente galopante a mi alrededor;
como un gesto cotidiano palpo sus frentes sudadas,
el tiovivo de sus corazones, la cicatriz de la infancia,
los tropezones con la infinita crueldad de vivir como extranjeros.
Estoy mirando al techo y, como todos, algunas veces aspiro
al estrellato, a flotar desapercibida hasta las tablas sin pintar,
entre las telarañas y el tizne del fogón,
para mirar con sosiego un cuarto pequeño e infantil.
En la ventana los gorriones picotean mi desayuno.
Miro la rosa purpúrea traída del jardín de mi abuela en el vaso de cristal,
miro la doble transparencia, el rocío intercalándose con el vidrio,
el cromatismo que inspira a los poetas.
El sol entra cabizbajo, como haciendo un tremendo esfuerzo,

como llorando alguna desgracia, algún desorden.

¿De dónde vendrá el tañido inoportuno que no se acalla?

Yanisbel Rodríguez Albelo

Poemas

ÉXODOS

Los amigos se marchan hacia otras ciudades
con sus ansias de coronarse, de evadir el tedio.
Nos quedamos entre dos aguas: olvido y añoranza.
Los amigos, expatriados de la claridad infantil de otros años,
cuando éramos rebeldes como James Dean,
acodados en los muros, huraños y altivos,
con ese aire impreciso entre la bohemia y el candor.
Yo aún no me desprendo de aquellas tardes invernales
en que dormíamos amontonados bajo el sol y sobre la hierba.
Despertábamos con la solapa de nuestras chaquetas escolares
invadida por una lluvia de flores efímeras que el viento arrancaba.
Yo aún no me convenzo totalmente, no respeto la otredad,
no soy la niña educada del barrio,
la pulcramente vestida y bien casada;
aún me rondan el desaliño y las maldiciones a lo Huckleberry Finn,
me muequea el rostro envejecido por las despedidas,
por los amigos que se van de pronto sin decir nada,
sin justificarse ni arrepentirse, sin articular un bocadillo de entremés.
Sólo se van y uno se queda a la puerta de todas las cosas,
sin el auténtico deseo de salir a la calle y sonreír,
de saludar a los conocidos y entrar a la primera tanda del cine,
de mostrarse a la vida simplemente, como si no hubiera pasado nada.
Los amigos han dejado atrás sus cuadernos y sus fotografías del colegio,

las cartas y los poemas que compartíamos.
Los amigos han querido forzar el libro de cuentos
y han corrido como locos detrás del flautista de Hammelin.

Yanisbel Rodríguez Albelo

Poemas

RETRATO NOCTURNO DE LA CIUDAD

A Santa Clara

Después de la lluvia,
la ciudad emerge en la noche como un cuadro impresionista
pintado con los brillantes colores de Andy Warhol.
La ciudad colmada de luces, como un cristal goteado
donde se reflejan las siluetas borrosas de los pasantes.
La ciudad neblinosa en su smoking art:
decenas de muchachos recostados en los bancos fumando,
con el espíritu indeleble de los años sesenta.
En el parque se escuchan los chillidos de los pájaros nocturnos
que se agolpan como moscas (los árboles cubiertos de manchas colgantes).
El café repleto de somnolientos feligreses y peregrinos;
a través del humo de las tazas su rostro es iluminado por el foco de los carros,
y detrás de esa toma, como el más simpático de los gánsters,
surge Wichy recitándole poemas a las camareras.
Los estudiantes se agolpan frente al cine o el Coppelia para matar el ocio,
con sus camisas a cuadros y sus posturas extravagantes de Beatles modernos
(si pudieran guardarse un agujero en el bolsillo para escapar cuando quieran).
En un bar de mala muerte canta Sabina el advenimiento de la noche eterna
mientras ávido sorbe su espumosa cerveza,
viendo alejarse nostálgico y boquiabierto unas piernas surrealistas.

Las guaguas que pasan semivacías a esta hora alrededor de la plaza
le recuerdan con desilusión *las palomas cagando las estatuas de los poetas*.
Dos chicas escapadas de los padres se besan bajo un árbol
haciendo resquebrajarse el pavimento,
mientras a los baños públicos, hartos de maricas,
llega Mapplethorpe con su chaqueta de cuero y sus ojos chispeantes,
y tira una foto en blanco y negro desde la puerta.
La ciudad extiende su brazo marcado,
rodea los altos edificios con su vaho de alcohol y tabaco.
Un anchuroso río bulle deslavazando las calles
de flores pisoteadas, restos de bocadillos y papeles arrugados.
La ciudad y su espejo, sarcástica y rompeolas,
con su rémora de truhanes a cuestras enturbiando las madrugadas,
con su horda de mercaderes traficando en los barrios,
con sus príncipes colgados de los balcones.
Putá, rastafari, bíblica, esnobista.
Como una hermosa mujer floreciendo al borde mismo de la calle.
La banda del Sargento Pimienta comienza a tocar *When I'm Sixty Four*
y los abuelos bailan despacio alrededor de la glorieta
rememorando *cuando eran fabulosos*,
y los jóvenes tamborilean con los dedos sobre el respaldo del banco.
Todo envejece
y la ciudad no piensa más que como una vieja achacosa y desdentada.
Una vieja terca y locuaz defendiendo sus horcones podridos,
sus poetas de dudosa ralea, sus artilugios pasados de moda.
Cuando al amanecer la casera abre la puerta,
le da un golpe seco la hojarasca;
el viento trae los gemidos de los cuartos de hotel,
la algarabía de los que regresan del jolgorio,
el borboteo de la tetera en el puesto de la esquina,
el repique de los carretones contra los gastados adoquines,
el aleteo asustado de los pájaros cuando el clérigo tañe la campana,

ese bullicio ensordecedor que paraliza a los transeúntes.
La ciudad implacable, derruida y gloriosa,
moja sus cabellos en el agua crepuscular,
se sacude el polvo de las aceras,
los noctámbulos errantes, los amantes furtivos arrobados en las esquinas,
hasta esa niña que ayer se pegaba al estanque
para mirar el movimiento nervioso de los peces,
y ahora corre presurosa hacia la escuela.

Yanisbel Rodríguez Albelo

Poemas

SPIRITUAL SONG

A Leysa, porque estas fueron las cosas que nos salvaron, y a Pedro, por supuesto.

(...) este que te espera cada atardecer para tomar dos tazas de algo humeante, en el cafetucho de la esquina.

Pedro Mendigutía

Nos reuníamos en los cafés para sublimar el vacío de nuestra cotidianidad e inventarnos una existencia trascendente.

Daniel Chavarría

Todos los días a las cinco de la tarde, a *la hora violeta*, cuando los ojos y la espalda se alzan del escritorio, nos metíamos en el cafetucho de la esquina intentando paliar el desaliento. Entonces imaginábamos que uno no estaba de pie contra el marco de la puerta esperando, y veíamos la mesa del rincón con la ventana que da al puerto y los marineros borrachos y *los pájaros* migratorios cayendo extenuados del viaje, y que en el estrado, rechazando el micrófono y la orquesta, un poco tambaleantes y como mofándose de nuestra estupefacción, Ella Fitzgerald o Elena Burke, cantaban enronquecidas, ahogadas, deshechas, muriendo de a poco. O la mismísima Estrella, entonando boleros hasta el envejecimiento de la noche,

sacando el sentimiento del pecho, todos imantados y rendidos ante la voz de aquella negra monumental, que llenaba el salón, estremeciéndolo. Imaginábamos a Ray Charles tocando de pie, aporreando el teclado divertido, recostándose sobre el piano. Uno se siente vulnerable al escuchar en el gramófono con la aguja encorvada y los discos llenos de surcos y scratch, y garabatea en la mesa, pensando ya este no es el cafetuco de la esquina, el desdeñado, con su joroba, con sus malos tratos, y dan ganas de entrar a echar la tarde e invitar a los amigos a discutir alegremente sobre el paraguas lanzado desde el puente una tarde de lluvia y congoja. Ya no hay lugar para el escándalo. Todo pasa dulce y tranquilo como el río, que se lleva su carga putrefacta barranca abajo con pájaros oscuros hurgando en los pastizales flotantes. Uno se dice: la ciudad está creciendo hacia dentro, con su urbanidad lacerante, la polvareda y la neblina, las colmenas de gente desgajándose por las calles y los faroles que comienzan a encenderse con su habitual parpadeo. Somos los beatniks, los inadaptados, absorbidos por la fabulosa y gigantesca jam-session de Mijaíl Romadin, leyendo nuestros versos en ajados papeles, escribiendo como Paquito, *con el lápiz del bodeguero en una hoja de envolver café*, o en las puertas de los retretes. Una muchacha, delgadez y vestido floreado, se detiene en el umbral, y después de mirar hacia dentro intensa y largamente, se apoya en el mostrador y dobla una pierna. El cantinero nervioso hace rodar las jarras por el borde pulido hasta las manos de los feligreses. Acodados sobre las manchas pegajosas de cerveza, enturbiando las palabras con la ceniza de los cigarrillos que transcurren uno tras otro, en lentas bocanadas, las volutas de humo azulenco elevándose hasta el techo de la estancia y enredándose en el lamparón antiguo y deslucido, en las vigas carcomidas. Se desbordan los ceniceros y ya este es un night club años cincuenta y llega la ciudad trasegada por coches de capota y estribo, gángsters y proxenetas tropicales, casinos y burdeles, putas y maricas haciendo su ronda por el Paseo, deteniéndose un momento a encender un pito en la bocacalle, en la bocaloba, en el vértice del *bosque de la noche*. El cafetuco se convierte en El Gato Tuerto, el Two Brothers, La Zorra y el Cuervo, la White Horse Tavern, el Moulin Rouge, el Café Voltaire, La Mandrágora, y hasta en la tienda de Catarino, donde esperamos que suene el acordeón de Francisco el Hombre, o en el Mesón Verde, con Rimbaud comiendo pan con mantequilla, jamón templado y vino tinto,

mientras se distrae admirando las tetas de la camarera. Langston Hughes acaba de desembarcar de un largo viaje y con él la primera lluvia invernal; mirar hacia fuera es ver los goterones habitados por las mujeres-pájaro de Zaida del Río, que deslucen los carteles recién pintados. Una lluvia violeta y añil que escuchamos rodeados por las multitudes de gente que entran agolpándose como moscas, un enjambre bullicioso y despistado escapando del frío, deseando una tisana bien cargada, mirando al perro malquerido echado debajo de la mesa. Qué bien se está allí desde las tres, escapados del trabajo, sin pensar que debemos un mes del cuarto de alquiler, de cara al aguacero, mientras golpea fuerte contra las ventanas. Así, jóvenes y despiadados, con Dylan Thomas, arrastrándose por el suelo, por la cochambre, el cigarrillo colgando, el pelo revuelto, buscando a tientas su trago de whisky, echando a perder el silencio con su recitación implacable: *yo los veo muchachos del verano en su ruina dilapidar los diezmos de oro*. Hablará quedamente y su voz se irá apagando hasta dejar una vaga sensación de marea alta y gaviotas a lo lejos. Nosotros, tan beatles, derrochando los ahorros del fin de semana en libros y una botella sin etiqueta. Estábamos con Oliverio y la Maga, *vagos conscientes por debajo de luna y luna*, bañándonos apenas, acumulando la papelería por toda la casa, que en verdad es estrecha, echados en el sofá o el camastro hasta las más altas horas de la madrugada, divagando, poniendo un disco tras otro, distraídos por cuanta telaraña, naufragos y sin retorno, hasta que los vecinos de los altos protestan y es preciso *seguir fumando mientras miramos el disco dando vueltas en silencio sobre el plato*, absortos y en la penumbra. Recordar cuando éramos adolescentes y eternos y no nos dábamos cuenta de que todas las tardes se repetían y pesaban sobre nosotros, arrastrándose lentamente, que llegarían siempre con retraso los tiempos luminosos de dormitar sobre la hierba junto a alguien amado, maltratando las páginas del libro de cabecera, y querer ser Tom Sawyer, Jack Kerouac, Holden Caulfield, John Lennon. Pero uno era tímido y desinhibido a la vez, y es cierto Liudmila, se podía escribir todos los días alucinado, con pasión, sin embarazo, sin arrepentimiento, sin pensárselo dos veces ni importarnos un carajo limarlo para que vistiera bien y ganaras los aplausos y te hicieran respetable. A la vuelta íbamos a estar los otros muchachos, soñadores y desencantados, gravamen, algazara y conmoción, los filibusteros apedreando el

parquet y el brindis y nuestros años felices, orinando contra la pared de la esquina, sin habernos aprendido ni siquiera un blues. La ciudad se iría llenando de suicidios cotidianos, de gente que se lanzaba de las tiendas a la calle, de los muros a las olas, de los balcones al césped, del colegio a las cantinas, de las casas a la ribera, porque habían comprendido que no tenían nada que perder ni ganar. El cafetucho era entonces el muelle donde recalar cada día después del trabajo y burlarse de la mediocridad y matarnos a mentiras y alardes y suposiciones, y llorar quizás un poco y hasta querer irse barranca abajo con toda esa mierda que se lleva flotando el río, aunque nunca es demasiada mierda para la que aún nos tropieza desde que nos arrojamamos al alba. Sacrifico mi última moneda en la vitrola y lo que viene es la cinta en blanco y negro con westerns que proyectaba mi padre al aire libre para los del barrio y ragtime y slogans escritos a mano en los pulóvers y jeans desteñidos con las rodillas destrozadas. Qué bueno es saber que ahí está el cafetucho de la esquina, el confesionario de los pecadores a gusto. Ir a sentarse a la mesa del rincón y no escribir ni nada, sino quedarse quieto, sopesando las horas que van languideciendo, *disfrutando un momento de olvido*, meditabundos, observándonos a través del humo de las tazas, esas blanquísimas expiaciones suspendidas en el aire, sin advertir el aluvión de personas y automóviles que se apuran a lo largo del boulevard. Estirar las piernas bostezando y pedir ese montón de azúcar, Julio Cortázar, y escapar después.

Yanisbel Rodríguez Albelo

Poemas

EN MI AÑO VEINTISIETE RUMBO AL CIELO *

Estas son las tardes agotadas.
La hojarasca mínima del algarrobo
se acumula en las orillas del pavimento.
La lluvia, el polvo y la soledad sobrevienen con la rutina.
Aquí nadie me vendrá a buscar.
A los veintisiete años
yo aún soy yo,
una empleada de oficina
que no despierta ningún interés,
obsesa e independiente.
Me detengo en medio de la calle,
recojo una cajetilla de cigarros,
la abro y me pongo a escribir acerca de cualquier eventualidad;
como humo se dispersarán los hechos y las palabras
en su heroica intrascendencia.
Mordisqueo mi bolígrafo pensativa,
tratando de evadir el ruido
(ensordecidora la vida vulgar y cotidiana)
para que no me cerque.
Desanimada por completo.
Todavía me lanzan algunas piedras y ofensas

de vez en cuando.
Después de veintisiete años
viviendo en el mismo pueblo
ya es demasiado.
El sol en la cara
y lo demás vaciándose lentamente,
el paisaje, la gente, las cosas.
No he podido encontrar nada
a través de mi parsimonia inalterable,
en mis veintisiete años desgastados,
veintisiete años de mínima hojarasca batida por el terral,
de noches mirando cómo el rosal golpea la ventana del cuarto,
de gorriones picoteando en los corrales,
de tiestos con clavelones que sobrevuelan el techo,
de pródigas y dulces muchachas cantando todo el día,
muchachas que pasan y quedan como sus canciones
(yo nunca canto,
a no ser por esto que siempre está cantando dentro).
Veintisiete años encarnizados,
de silencio y angustia.
Pero no quiero volver diez años atrás como otros,
no quiero tener diecisiete.
Yo sólo deseo esta edad inalterable,
detenida en el tiempo muerto de los crepúsculos,
y el paisaje angustiado y bullicioso en su verdor de primavera,
y esas muchachas que me miran sin mirarme,
cantando allá arriba, allá lejos, su canción,
y esa hora de gloria en que comienzo a escribir desde el amanecer,
ajena al hecho de que se me hace tarde
para transfigurarme en la empleada de oficina
que no mueve ningún interés,
con el sol en la cara

y alrededor todo vaciándose lentamente.

* Paráfrasis del primer verso de “Poema en octubre”, de Dylan Thomas: *En mi año treinta rumbo al cielo.*

Yanisbel Rodríguez Albelo

Poemas

DE CÓMO SE CANTA ADENTRO PARA NO VIVIR AFUERA

A y con (H)Ada Elba Pérez

*Yo me he quedado aquí precisamente
porque quería verme, hablar conmigo,
y me sentí tan sola,
tan sola con mi pelo, con mis manos,
con tantas cosas mías fui tan sola (...)*

Identidad. Ada Elba Pérez.

Eran pasadas las diez
cuando entré en el patio;
desde la casa te escuchaba llamarme
a través del rumor de las hojas del naranjo.
Salí muda y retraída,
absorbiendo el simulacro de muerte
que se apodera del paisaje
en las horas tardías,
un chal negro y cientos de voces murmurantes.
Pero qué voy a decirte
de los años que se han ido acumulando,
del desvarío de los amigos

que no encuentran dónde echar el ancla,
qué voy a decirte si yo estoy sola,
sola tú entre tanta gente
que se pone a buscarte donde no es,
a ver si un día por casualidad te dejas entrever,
como Emily Dickinson jugaba a los aparecidos
con un retazo de su falda en la escalera,
con tanta gente para hablar
tú cantando adentro,
de adolescente trepas por la enramada.
Qué voy a decirte ahora
a ti, dueña de las palabras,
artífice de lo etéreo-eterno,
si te lo llevaste todo,
hasta el silencio poblado de erráticos sonidos
que sólo tú podías escuchar,
por el más puro encantamiento.
Yo tan sola
entre miríadas de rostros
que giran a mi alrededor sin verme,
tú contigo, bajo otro cielo,
cantando adentro.
Como un barco descabezándose contra la tormenta,
un lirio agonizante en pleno verano,
una ventana porfiando con la hojarasca,
como una lluvia pertinaz a toda hora tú cantando,
bajo el ciruelo y el orégano,
entre el tejar y las piedras del río,
con las libélulas y los papalotes,
cantando adentro.
Yo, que he agotado mis ojos tras metáforas inútiles,
frente a tu voz tan sencilla y clara,

tu vestido iluminado por los resplandores de la hierba.
Sólo movías una mano,
esbozabas los labios,
levemente,
y la realidad era hecha,
la verdadera realidad,
la que emerge de los sueños,
desasida, arrasada.
Vuelvo a salir al patio
y ya no te encuentro,
llamo y llamo, no apareces,
en tu lugar unos versos sin amarras,
abandonados al desgaire sobre el escritorio,
y que el viento hace rodar por todas partes.
Cada tarde y cada noche te invoco
desde aquellos días lejanos
en que te tropecé en un libro descolorido
donde tus palabras batían
la calma enmohecida de las cinco de la tarde.
Yo estaría junto a ti conversando
en el quicio de la puerta o el alféizar de la ventana,
mirando los reflejos de la luna sobre el patio,
las hojas temblorosas del naranjo,
el cabeceo de los pájaros dormidos.
Saldría contigo a caminar por calles inexistentes,
entre despiertas y meditabundas
hablaríamos de cómo se vive afuera y se canta adentro,
de cómo se canta adentro para no vivir afuera.

Yanisbel Rodríguez Albelo

Poemas

MONTAJE EN PHOTOSHOP DE UNA REALIDAD SOBRE OTRA

De un poeta al ciudadano común

"B. B. Canaletto fue un pintor italiano que retrató la ciudad de Varsovia con exacta precisión. Después de terminada la II Guerra Mundial, los polacos reconstruyeron la ciudad destruida guiándose por sus dibujos. A veces hay que mirar la realidad de otros para edificar la propia."

Tú subes la calle bordeando la plaza, aspirando todo el aire
que se regodea en las hojas, los vestidos, los carteles a medio pegar.
Yo salgo a la calle como quien desciende, envuelta en mi crisálida,
de mal ánimo a buscar lo que ya no anida en los papeles.
Tú vas por la calle y te detienes en la cola
que se alarga del puesto de fritas con un pequeño brillo en los ojos.
Yo voy por la calle iracunda, desbocada, al abismo,
de cuál cantidad de destrucción soy responsable:
saco las palabras y disparo
contra esa pared aquel balcón la próxima aldaba,
derribo una maceta, un perro, un farol,
a cantar la amargura que no encuentra su sangría.
Tú vas por la calle y te sientas a pasar el tiempo en cualquier quicio,
tomando el sol del amanecer, escuchando a los que pasan bromear y reír,

tarareando una melodía secreta que sólo tú conoces,
algo así como un poema extraviado y oculto,
tú que no has leído mucho más allá que los titulares de los diarios.
Yo voy por la calle con el rostro contraído,
no satisfecha entre la gente común que se apretuja para no escapar,
quejándome de la ciudad por haberme desarropado;
rehúyo la mugre, los basurales, los cuerpos tendidos,
las hipotecas que nos imponen, los suicidios,
las bellas ultranzas de la subsistencia a todo color.
Tú vas por la calle y no te vengas, sólo aprovechas tu simple oportunidad
de vaciar una taza con pasteles en las horas tenues,
de inflamar tus pupilas con la mejor función.
Yo voy por la calle hilvanando mi discurso,
con él me consagro, me voy al cielo, me coronó reina
(parece gloria dentro del hoyo y no algo más que el mismo lodazal
superpuesto en imágenes falseadas, en ínfimos cristales rotos).
Tú vas por la calle desenfadado, casi alegre a pesar de la agonía,
y empujas a tres o cuatro sin arrepentirte ni pedir disculpas,
sin caer en ruegos explicaciones remordimientos excusas,
tú te vas al próximo capítulo de la novela de las diez,
tú roncas silbas tu canción te excitas,
sin preocuparte por el abracadabra y los alumbramientos.
Yo voy por la calle como si fuera una acuarela desleída;
arrojo palabras brutales, disparo a matar,
quebranto lloro majadería,
de cuál cantidad de destrucción soy responsable:
corto un balaustre, desmadro una enredadera, atropello un bello animal.
Yo voy por la calle y tercio en un promontorio numerado;
casi al despedirme de la vaciedad aparente que se me arroja,
caigo en cuenta de que no te he visto ahí sentado en la acera,
ni a las avecillas picoteando los restos de alguna merienda,
ni la escalada del sol hasta el mediodía,

ni el fugaz reposo del diario en los estanquillos,
ni el cuchicheo de las vecinas, ni el paso hastiado de los escolares.
Entonces saco las palabras y me mato de veras.